

LIBRO OCTAVO

EDAD MEDIA.—Mundo oriental.—Justiniano.—Los Códigos.—Cosroes.—Heráclito.—Mundo bárbaro.—Ostrogodos.—Longobardos.—Visigodos.—Francos.—Sajones.—Mundo cristiano.—Papas.—Conversiones.—Doctrinas.

CAPÍTULO PRIMERO

ESTADO DEL MUNDO

El desmembramiento del imperio de Occidente cambió poco la condición de los países que de él formaban parte, á excepción no obstante de la Italia, porque, ya bajo el reinado de los últimos emperadores, yacían aquellos sometidos ó al poder de los invasores extranjeros ó al derecho del más fuerte. Sin embargo, este acontecimiento es de extremada importancia en la historia, en atención á que destruyó hasta de nombre la unidad que durante seis siglos había abarcado el mundo, que desbarató la forma de la antigua civilización y cedió el puesto á una nueva, en la que la mayor parte de los elementos eran nuevos.

Imperio griego.—No se resintió el imperio de Oriente de aquel golpe; antes bien se regocijó quizá por consecuencia de una envidia inveterada y porque se creía seguro de la monarquía del mundo. Comprendía el Asia Menor y la Siria hasta el Éufrates, y más tarde la Cólquide y gran parte de la Armenia. En Africa sólo tenía el Egipto: del litoral se habían apoderado los vándalos; pero poseía en Europa la Tracia, la Macedonia, el Epiro y la Grecia. Las provincias dependientes en otro tiempo de Roma, como algunas de España, otras de Africa y muchas de las Galias, que todavía no habían sentido el yugo de los suevos, de los vándalos, de los visigodos ó de los francos, aflojaron, sin romperlo, el lazo que las había unido al imperio de Oriente: hasta los países invadidos consideraron la dominación de los bárbaros como un hecho, y para ellos el derecho permanecía al lado

de los emperadores que eran los sucesores de los césares.

Parecía confirmar esta dependencia el nombre de romanos que daban los conquistadores á los vencidos, como lo hicieron posteriormente los turcos en la Grecia; pero en las comarcas distantes no producía esto efecto alguno, porque disimulando los emperadores su indolencia bajo una máscara de orgullo, reputaban como bárbaras á las provincias occidentales: ignoraban su idioma y sus intereses; y sin medios para defenderlas, sin ninguna solicitud para que fueran bien administradas, abandonaban su gobierno á hombres ricos ó á señadores que, bajo el título de condes, eran independientes de hecho, con la única condición de ser sumisos de palabras á lo sumo se contentaban los emperadores con un vano alarde de supremacía respecto de los reinos vasallos en otro tiempo, y reconocían á todos los nuevos principes á quienes alzaban sobre el pavés sus soldados.

Acontecía de bien distinto modo en Italia, la cual prestaba obediencia á Odoacro, ó más bien á su formidable alabarda, y á la de sus mercenarios compañeros. Considerada como cuna del imperio hallábase de continuo agitada por las sordas intrigas de los griegos ó por sus guerras declaradas, que le arrebataban el sosiego sin restituírle la libertad. Al estallar la tempestad sobre ella tuvo algún reposo Constantinopla; pero otras hordas llegaron alternativamente á amenazar ó á defender la ciudad griega; mientras que cerca de ella se en-

grandecían los reyes persas y hacían respetar el nombre de los Artajerjes hasta el Indo por el lado de Levante y hasta el Tigris por el lado de Poniente.

Puede decirse que toda la Europa y una porción del Africa estaban á la sazón habitadas por los germanos, quienes, sin otro vínculo que la comunidad de origen y de idioma, iban y venían por un movimiento continuo de Constantinopla hasta Irlanda, con el único objeto de buscar aventuras, botín, poder, venganzas y una patria; combatiendo á sueldo de los reinos establecidos ó fundando otros nuevos, y llevaban de Cartago á la Escandinavia noticias sobre las riquezas ó la debilidad de un país.

Vándalos.—Entre las tribus germánicas eran los vándalos los menos civilizados: trasladándose de España á Africa se habían aumentado hasta poder armar ciento sesenta mil hombres: aquellos devastadores, extinguiendo la civilización en la patria de Magon, de Cipriano, de Agustín, rica antes con ochenta millones de habitantes, habían dejado apenas la décima parte, que temblaba al nombre de Genserico. Extendíase el poder de este caudillo desde las costas del Atlántico hasta la Cirenaica; enviaba sus escuadras á recorrer el Mediterráneo y á avasallar las islas; tanto que los septentrionales dieron á este mar el nombre de Vandálico (*Wendelsee*), y la Italia veía todos los años á la ardiente Libia vomitar sobre ella los furores del Cáucaso (1).

Visigodos.—En otro lugar hemos hablado del origen de los godos (Lib. VII, cap. 2): basta recordar aquí que de ellos se hicieron dos grandes divisiones, á saber: ostrogodos ú Orientales, y visigodos ú Occidentales. A las órdenes de Eurico fundaron los visigodos (466) un poderoso reino entre el Loira, el Ródano y los Pirineos (*La Aquitania*); desde allí se derramaron por España, ya invadida y dominada por los vándalos, los alanos, los godos (2), y la ocuparon enteramente á excepción de la Galicia y el Norte de Portugal, donde se mantuvieron los suevos. Estos últimos eran católicos, si bien permanecían salvajes y feroces, no habiéndoles permitido sus continuas guerras adquirir las artes de la civilización. Al revés, los visigodos eran arrianos; así el clero católico sólo con gran trabajo podía conservar la pureza de la fe entre los vencidos refugiados en las ciudades, ó reducidos á la esclavitud en los campos.

Borgoñones.—Al Oriente de las Galias separaba el Ródano á los visigodos de los borgoñones, que habían ocupado lo que es actualmente la Suiza

(1) *Hic vandalus hostis
Urget, et in nostrum numerosa classe quotannis
Militat excidium; conversoque ordini fati,
Torrida caucaseos infert mihi Byrsa furores.*
SIDONIO APOLINAR.

(2) Vandalusia (Andalucía), Gotalania (Cataluña) etc.

occidental al tiempo de la primera conquista, Aecio les abandonó enseguida la Saboya, y después de su muerte se extendieron por las dos Borgoñas, por el Lionés, el Delfinado y la Provenza hasta el Durenza. En aquel territorio fué donde, habiendo reunido Gundecaro en un sólo pueblo las diseminadas tribus, fundó el primer reino de los borgoñones (413). Tanto él como sus sucesores residían unas veces en Vienne, otras en Lión y algunas en Ginebra; como los reyes visigodos, que se establecían en Narbona, en Burdeos, y más á menudo en Tolosa, sin que por eso dejaran los magistrados romanos de administrar justicia y mantener la disciplina con sujeción á las leyes del imperio.

El territorio que ocupaban era recorrido por sus ganados ó cultivado por sus esclavos, con el descuido propio de personas prontas á abandonarlo de un momento á otro. De todas maneras, cuando los demás conquistadores teutónicos no arrebatában á los vencidos sino una tercera parte de las tierras, los borgoñones les tomaron la mitad de los dominios y de los esclavos; indicio en ellos de renunciar á las costumbres vagabundas para entregarse á la agricultura: parece también que no asesinaban á los naturales y no destruían los monumentos romanos.

Bretones.—Había recibido ya la antigua Armórica colonias bárbaras, y pronto debía recibir otras que le dieron el nombre de Bretaña. Un estrecho espacio circunscrito por el Sena, el Oise y el Loira, conservaba aun las formas romanas, y con ellas la independéncia bajo la administración del clero, de los nobles y de la autoridad municipal.

Francos.—Superaban á todos estos los terribles francos, que hacia la mitad del siglo IV habían ocupado las provincias belgas y parte de las islas bátabas, y después todo el territorio hasta el Sena y el Mosela. Los sálíos, denominados así tal vez del río Sala ó Isala (*Issel*), en cuyas orillas se establecieron primero, se adelantaban al sudoeste en la Bélgica y en la Galia; al paso que los ripuarios á quienes su residencia en las riberas del Rhin había hecho que se les denominase de esta manera, se extendían hacia Poniente entre este río y el Mosa, hasta la selva de las Ardenas. Un siglo de combates con los romanos no les había quitado su ferocidad ni librado de la idolatría.

Abandonada á sí misma la Gran Bretaña había tenido que sufrir nuevos dueños ó señores.

Germania.—En la Germania, propiamente dicha, entre el Elba, el Danubio y el Rhin, las tribus habían cambiado con más frecuencia de lugar que de condición y civilización, desde que habían sido descritas por Tácito y Tolomeo. En las orillas del mar septentrional habitaban los frisones, los anglos, los jutos y los sajones, que excedían á todos en poder y dominaban el país entre Eider y el Ems.

Turingios.—Al Mediodía de estos se acampaban los turingios y los longobardos. Confundiendo al-

gunos historiadores á los primeros con los godos tervingios al servicio de Atila, dicen que después de su muerte permanecieron á orillas del Saal, desde donde se trasladaron después á las del Dniester y del Danubio y desde allí á la Nóríca; pero parece más verosímil que los turingios, eran de otro origen, tal vez del mismo modo que los hermanduros de los latinos. Sea como quiera, pocos de ellos tomaron parte en las escursiones de los demás germanos; pero cuando sus vecinos se debilitaron por las emigraciones, se derramaron en el corazón de la Germania, hasta el punto de extender su dominación sobre el Rhin, el Danubio y el Harz que los separaba de los sajones. El primero de sus reyes de que se hace mención, es Meerwig, hacia el año 426.

Longobardos.—Desde la Turingia hasta Langrés en la Champaña habitaban los alemanes, que si bien al poco tiempo llegaron á ser vasallos de los francos, debían no obstante transmitir su nombre á toda la Germania. Abandonaron los longobardos las riberas del Elba por las del Danubio; los gépidos habitaban el país entre este río y los montes Karpatos, mientras que la Panonia era ocupada por los ostrogodos. Habíase vuelto á poblar la Nóríca (*Austria y Moravia*), gracias al cultivo de los campos y á los cuarteles de las legiones, y se la consideraba también como un plantel de soldados, pero las incursiones la devastaron, y con la nación romana se establecieron en ella los rugios, de modo que cuando se habla de nórícos y de panonios conviene entender que se trata de una nación medio romana, sino en las instituciones, en la sangre. Los hérulos, procedentes, según quieren algunos autores, de la fabulosa Escandinavia en el siglo III, pero á quienes encontramos nosotros en el mar de Azof, participaron de la expedición de los godos, adelantándose hasta los confines del imperio, para el cual fueron aliados peligrosos que lo aniquilaron á las órdenes de Odoacro. En el siglo V otra horda de hérulos, guiada por Rodolfo, se apoderó de la Alta Panonia é hizo tributarios á los gépidos y á los longobardos; pero habiéndose sublevado estos últimos, mataron á Rodolfo, y destrozaron de tal suerte á los hérulos, que algunos imploraron de Anastasio un asilo en Iliria, y volvieron á la península escandinava ó se confundieron con las demás naciones.

Boyos.—La Bohemia, país enclavado entre los Sudetos, el Erzgebirge y la Sumava ó Bomenwald, recibió su nombre de los boyos, que lo ocupaban antiguamente. Tal vez los tauriscos de Estiria y de Carintia y los escordiscos de Hungría, no son sino ramas del mismo tronco, como también otros que encontramos en Gergovia, en la Aquitania, en los alrededores de Parma, de Módena, de Ferrara, de Bolonia y en el Franco-Condado, donde César les permitió establecerse. Los boyos en el principio de la gran invasión, desembocan de la Bohemia, se mezclan con los rugios, los hérulos y otros teutones, en la Nóríca y en la Vindelicia y forman la

liga de los boyaros ó bávaros, bajo cuyo nombre permanecieron entre el Danubio y los Alpes, el Elms y el Lech.

Eslavos.—En el momento en que desaparece el poder de Atila, se presentan en el Oriente de la Europa las razas eslavas, familia numerosísima, cuyo imperio se extendió desde el Adriático hasta el mar Glacial, del Báltico al Kamschatka, y cuyo idioma se habla en el día por setenta millones de hombres. Acerca de su origen y de sus primeras vicisitudes hablaremos en otro lugar (Lib. X, capítulo VIII); bástenos decir aquí que las razas eslavas son distintas de la germánica, como también de la mogola y la magiar, y que las primeras de sus tribus que se mencionan son los antos, á orillas del Dnieper, del Dniester y del mar Negro; los venedos, al Sur del Báltico; los eslavinos, cerca de los manantiales del Vistula y el Oder. Pertenece á los venedos los obotritos, los vilso, los luticios, los pomeranios, los moravos, y los cescos, que después se denominaron bohemios, y los lesquios que posteriormente se llamaron polacos.

Más allá del territorio habitado por los eslavos vivían tranquilas é ignoradas otras naciones en los países que forman actualmente la Prusia y la Lituania, á saber: los estianos, que enviaron ambar amarillo al rey de los ostrogodos Teodorico; los samogitios, los galindos, los vidivarios. Más al Este residían pueblos de raza fina. Su historia nos obliga á fijar nuestras miradas en el Asia Central, para observar allí y seguir de Levante á Poniente aquel movimiento que, en tiempos más antiguos, había empujado hacia Europa á los pelagosos y á los cimbrós de origen galo, á los eslavos y á los germanos de origen escítico.

Asia Central.—La nación que por el tiempo de Abraham invadió el Asia occidental, y que se separó formando dos divisiones, entrando una en Europa y replegándose la otra hacia el nordeste del Asia, debía ser de raza fina. Algunos residuos de la primera (únicos pueblos de raza semítica que habían sentado el pie en Europa) permanecen todavía en la Laponia, en la Finlandia, en la Suecia y en el Norte de la Noruega, donde penetraron por el paso abierto entre el Cáucaso y el Euxino.

Sería imposible señalar el camino seguido por aquellos que se dirigieron hacia el nordeste del Asia, en la escasez absoluta en que estamos de noticias europeas, si los chinos no nos suministraran luces sobre este punto. Al oeste del grande imperio del Centro se ven aparecer desde los primeros tiempos históricos naciones tibetanas, tales como los san-miaos ó tres-miaos, que, repelidos de la China, de la que fueron constantes enemigos, se retiraron hacia las encumbradas montañas del Chen-sy y posteriormente fueron llamados kiang.

Tres siglos antes de Jesucristo una nación tibetana, llamada Yue-chi, habitaba entre el monte Nan-chan y el Huang-ho superior; habiendo vencido á los yung-nu se estableció al Sur de Nan-

chan, bajo el nombre de pequeños yue-chi, á la par que otros se reunieron al occidente del Asia central bajo el de grandes yue-chi (155 después de Jesucristo) y habiendo cruzado estos últimos más tarde el Yaxartes rechazaron á los alanos hacia el Occidente, y ocuparon la Transoxiana y la Bactriana: de este modo se extendió su vasto reino hasta el de los partos. Continuamente inquietados en aquel territorio por los yung-nu, pasaron al Cabul, al Candaar y á las dos orillas del Indo: los antiguos conocieron aquel pueblo bajo el nombre de indo-escitas y nosotros los llamamos afghanes (3).

Los hiang-yun, que bajaron del grande Altai, fueron llamados en el siglo III por los chinos yung-nu, detestables esclavos. Algunos de ellos se encaminaron hacia el Oriente hasta la cordillera de Bolor, donde tienen nacimiento el Oxo y el Yaxartes: otros condujeron á pastar sus rebaños al sudeste de la vertiente septentrional de Chen-si: de ellos salieron diferentes pueblos conocidos bajo el nombre de tu-kiu, tieles, uguros, oeyos, tukichi, gaznevidas, seljucidas y actualmente otomanos.

Al norte de Jenisei superior habitaban los samoyedas, nacion oscura; y al Oriente de éstos, en rededor del lago Baikal, las tribus nómadas de los tatas, tronco de los mongoles. La mezcla de los sian-pi con los yung-nu en la Mongolia oriental produjo diferentes pueblos, á los cuales fué comun el nombre de Sian-pi. Al nordeste de los anteriores estaban los tungusos (*tung-nu*), es decir, barbaros orientales, de que formaban parte los kitanos, los mohos, los yuchines y los manchues, que reinan actualmente en la China.

Esta ojeada sobre los pueblos del Asia Mayor era necesaria, puesto que sus movimientos se hicieron sentir en Europa; menos directamente sin embargo de lo que pretenden aquellos que confunden á los yung-nu con los hunos (4).

Ávares.—Como dijimos respecto de los ávares, es más probable que los hunos salieran de aquella familia finesa que segun acabamos de indicar se dirigió hacia el nordeste del Asia, así como los ogros, los votiagos y los vógulos, fijados hoy día en los alrededores de los montes Urales y de la Siberia. Cuando derrotados los yung-nu por los sian-pi se vieron obligados á cederles el mando, fueron á chocar contra los hunos que se arrojaron sobre Europa. Los tu-kiu, formados de los restos de los yung-nu, desposeyeron (550) á los ávares de sus tierras uralianas, y los redujeron á cruzar el

(3) Véanse KLAPROTH.—*Cuadros históricos del Asia desde la monarquía de Ciro hasta nuestros días*. París, 1826.

JARDOT.—*Revolucion de los pueblos del Asia Media, influencia de sus emigraciones en el estado social de Europa*. Idem, 1839.

F. DE BROTONNE.—*Historia de la filiación y de las emigraciones de los pueblos*. Idem, 1837.

(4) Véase el libro VII, cap 15.

Volga: entonces fué cuando sus dos tribus de *uar* y de *kunnos*, designadas más frecuentemente con el nombre comun de *uarkonitas* penetraron en Europa y tomaron el temido nombre de ávares (557). Habiéndose aproximado al Cáucaso en el territorio de los alanos y de los circasianos, y oyendo hablar allí de los romanos, hicieron que se les encaminara hacia su territorio. Al llegar sus embajadores á Constantinopla corrió la ciudad entera á contemplar sus estrañas formas y sus cabellos cayendo en largas trenzas por sus espaldas y atados con cintas.

Candish, jefe de la embajada, dijo á Justiniano: «Somos enviados por los ávares, nacion la más numerosa y prepotente, y estamos dispuestos á ponernos á vuestro servicio para defenderos ó para destruir á vuestros enemigos, si nos dais subsidios y posesiones.»

No osó Justiniano negarles su demanda: les pidió cargados de presentes, escitándoles á hacer la guerra á los enemigos del imperio; en su consecuencia atravesaron el Tanais y el Boristenes, penetraron en el corazon de la Germania, é hicieron alto junto al Elba y el Danubio.

Hunos blancos.—Los hunos, propiamente dichos, que arrollaron á los germanos hacia el Occidente, cambiaron la faz de todo el pais que se estiende entre el Elba y el Vístula; pero vencidos á su vez fueron arrojados á la Rusia Meridional, donde se establecieron á orillas del mar Negro. Una de sus tribus eran los akaziros, ó kazaros al Norte, así como los estalitas, al este del mar Caspio, á quienes se dió el nombre de hunos blancos, y que habitaban en ciudades, siendo algo mejor la forma de su vida civil. Habian roto toda clase de relaciones con los hunos occidentales; y como el pais que ocupaban estaba bajo la dependencia de los turcos fieles, se les tomó á ellos con frecuencia tambien por turcos.

Búlgaros.—Pertenece tambien á la raza finesa los kutri-guros: llamados después búlgaros, del Bulga ó Volga, á cuya orilla izquierda andaban errantes, por el pais que aun conserva el nombre de gran Bulgaria, antes de trasladarse al Palus-Meótides y al Cuban. A la caída de Atila intentaron restaurar su imperio y cruzaron el Danubio, si bien fueron batidos (487) por los ostrogodos, cuyo rey Teodorico dió muerte á Busas, su jefe. Sin embargo cuando este príncipe abandonó el pais que habian invadido, para descender á Italia, tornaron á ocuparlo: desde allí se lanzaron sobre la Tracia (491), y causaron grandes pérdidas al imperio griego, á cuyo servicio no obstante se pusieron algunas veces. Tambien fueron avasallados por el kacan de los ávares (560-634), pero á la muerte reconquistaron su libertad y obedecieron á Cuvrat. Se ha conservado memoria de dos de sus hijos: Alzek, que habiendo acudido al socorro de Romualdo, duque de Benevento, recibió de él el condado de Molice; y Asparuk, que habiendo cruzado el Danubio con el grueso de su nacion

y vencido á los romanos, les impuso un tributo anual (579). Constantino Pogonato dejó ó no pudo estorbar á los búlgaros ocupar las desiertas llanuras de la Mesia, donde fué fundado el reino de la Bulgaria. Largas relaciones de vecindad con las naciones eslavas junto á las orillas septentrionales del Euxino y del Palus-Meótidos introdujeron muchas voces

de aquella lengua en los dialectos búlgaros, lo que ha hecho que algunos autores hayan pretendido asignarlos al tronco de los eslavos.

No nos ocuparemos en este libro de los paises situados á la estremidad del Asia, si bien se preparan allí dos grandes revoluciones en la religion y en la política por Budda y por Mahoma.